

quiera de ciento ochenta. Los cuatrocientos de la mayoría pertenecían por terceras partes á tres partidos, al legitimista, al orleanista y al bonapartista, y en su totalidad al partido clerical. Los ciento ochenta de la minoría eran republicanos. La derecha desconfiaba de la izquierda, y habia tomado contra la minoría la siguiente precaucion: nombró un comité de vigilancia, compuesto de diez y seis de los principales miembros de la derecha, que diese unidad á la totalidad de partidos y que vigilase á la izquierda. La izquierda, al principio, se concretó á ser irónica, y tomando prestada una denominacion á la que se unia entonces sin motivo la idea de decrepitud, llamó á los diez y seis individuos del comité de vigilancia los *burgraves*. Despues, pasando la izquierda desde la ironía á la sospecha, creó tambien, para dirigir la oposicion y vigilar á la derecha, un comité de diez y seis miembros, que la derecha bautizó con el nombre de los *burgraves rojos*. Inocentes represalias. Pero el resultado fué que la derecha vigilaba á la izquierda y la izquierda á la derecha, pero nadie vigilaba á Bonaparte; eran dos rebaños que, recelosos uno del otro, se olvidaban del lobo. Entre tanto, Bonaparte trabajaba en su guarida del Eliseo y aprovechaba el tiempo que perdian en la Asamblea la mayoría y la minoría desconfiando una de otra. Como la avalancha se siente desgajarse, se sentia en la oscuridad agitarse la catástrofe. Cada cual espía al enemigo, pero no volviendo la cabeza á la parte donde se encuentra.

Saber orientar la desconfianza es el secreto de la gran política. La Asamblea de 1851 no tuvo esta sagaz seguridad de mirada y los hechos presentaban mala perspectiva; cada partido veía el porvenir de un modo, y la miopía política cegaba tanto á la derecha como á la izquierda; temían, pero no lo que debían temer; se encontraban ante un misterio, ante una alevosía, pero la buscaban donde no estaba; de modo que los dos rebaños, minoría y mayoría, se miraban frente á frente asustados; y mientras los directores de una parte y los de la otra, graves y atentos, se preguntaban con ansiedad qué significaban los gruñidos de la izquierda los unos y los balidos de la derecha los otros, se exponían á que cayeran bruscamente sobre sus espaldas las cuatro garras del golpe de Estado.

Mi interlocutor me preguntó:

—Sois uno de los diez y seis?

—Sí, contesté sonriendo, soy *burgrave rojo*.

—Y yo *príncipe rojo*.

Su sonrisa correspondió á la mia y continuó:

—Teneis plenos poderes?

—Sí, como los demás; pero no, la izquierda no tiene jefes.

—¿El comisario de policía de la Asamblea, Yon, es republicano?

—Sí.

—¿Obedecerá una orden que lleve vuestra firma?

—Sin duda.

Entonces el desconocido me miró con fijeza y repuso:

—Pues bien, haced arrestar al presidente esta noche.

—¿Qué queréis decir?

—Lo que digo.

Debo declarar que su frase era clara, firme y convencida, y que me dejó durante el curso de la conversacion la impresion de un acento leal que nunca olvidaré.

—Arrestar al presidente! exclamé.

Entonces me explicó que lo que me parecia extraordinario era sencillo; que el ejército fluctuaba, y que para éste, los generales de Africa pesaban tanto como el presidente; que la Guardia nacional era partidaria de la Asamblea, pero de la izquierda de la Asamblea; que el coronel Forestier respondia de la 8.^a legion, el coronel Gressier de la 6.^a y el coronel Howyne de la 5.^a; que con una orden de los diez y seis representantes de la izquierda el pueblo tomara las armas inmediatamente, y hasta con mi sola firma; que si, esto no obstante, preferia reunirse al comité en secreto, podria diferir el acto que me indicaba hasta el dia siguiente; que dando una orden del comité de los diez y seis saldria un batallon contra el Eliseo, y encontrándole desprevenido, pensando en la ofensiva y no en la defensiva, podria cogérsele de improviso; que el ejército no resistiria á la Guardia nacional, y todo se conseguiria sin disparar un tiro; que Vincennes se abriria y se cerraria mientras estuviera durmiendo Paris; el presidente acabaria de pasar la noche allí, y al despertar, la Francia sabria esta doble noticia: que Bonaparte estaba fuera de combate y la República fuera de peligro.

Despues añadió:

—Podeis contar con dos generales: Neumayer en Lyon y Lawoestyne en Paris,

Se levantó, y apoyándose pensativo en la chimenea, continuó diciendo:

—No me siento con fuerzas para volver al destierro, pero sí con voluntad para salvar á mi familia y á mi patria.

Creó observar en mí un movimiento de sorpresa, y acentuó y casi subrayó lo siguiente:

—Me explicaré con más claridad: repito que quisiera salvar á mi familia y á mi pais. Llevo el nombre de Napoleon, pero sin fanatismo. Soy Bonaparte, pero no soy bonapartista. Respeto el apellido, pero sé juzgarle con imparcialidad. Se manchó el 18 Brumario y deseo que no se manche otra vez. La primera mancha la lavó la gloria; Austerlitz la absuelve y el génio de Napoleon consigue disculparla. Napoleon está bien en lo alto de su columna: que le dejen allí tranquilo y que no dejen á la Francia refrescar la memoria, porque la gloria de Napoleon es vulnerable, y no deben abrir la cicatriz cerrada. A pesar de sus entusiastas apologistas, Napoleon se hirió á sí mismo el 18 Brumario.

—Efectivamente, el crimen siempre hiere al criminal, le contesté.

—Su gloria sobrevivió al primer golpe, pero quizá el segundo golpe la mataria, y porque esto no suceda trato de impedirlo. Por eso he venido á veros esta noche. Si seguís mi consejo, apoyado por la izquierda, salvo el primer Napoleon, y voy más allá para completar mi pensamiento: salvo tambien al actual Napoleon, que, como no es glorioso, de un 18 Brumario solo le quedaria el crimen. Prendedlo, pues.

Hablaba profundamente conmovido; hizo una pausa y luego continuó:

—Consiste la salvacion de la República en encarcelar á Luis Bonaparte, de modo que creo que con lo que os propongo salvo, como antes os dije, á mi familia y á mi patria.

—Pero vuestro medio de salvacion es un golpe de Estado.

—Lo creéis así?

—Sin duda alguna, porque siendo minoría obraríamos como si fuéramos mayoría; siendo una parte de la Asamblea, procederíamos como si fuésemos la Asamblea entera, y seríamos usurpadores, nosotros que condenamos toda usurpacion. Pondríamos la mano sobre un funcionario que solo la Asamblea tiene derecho de prender; nosotros, los defensores de la Constitucion, la hollaríamos, y nosotros, los defensores de la ley, la vio-

lariamos. Este hecho constituiria un verdadero golpe de Estado.

—Sí, pero en beneficio de la nacion.

—El mal, aunque se practique en beneficio público, siempre permanece siendo mal.

—Menos cuando triunfa.

—Cuando triunfa sobre todo.

—Por qué?

—Porque entonces se convierte en ejemplo.

—Entonces no aprobareis el 18 Fructidor.

—No.

—Sin embargo, el 18 Fructidor impide el 18 Brumario.

—Al contrario, lo prepara.

—Esto no obstante, la razon de Estado existe.

—No; lo que existe es la ley.

—Hombres integérrimos han aceptado, sin embargo, el 18 Fructidor.

—Ya lo sé.

—Blanqui y Michelet lo aprueban.

—Barbés y yo lo rechazamos.

De la parte moral pasé á la parte práctica, y continué examinando su plan, que estaba erizado de dificultades. Se las hice tocar con el dedo. No se podia contar con la Guardia nacional, porque el general Lawoestyne no la mandaba aun; no se podia contar con el ejército, porque el general Neumayer estaba en Lyon y no en Paris, y no podia asegurarse que acudiera á defender á la Asamblea; lo mismo podia decirse de Lawoestyne: si llamáramos á las armas á la 8.^a legion, no sabíamos si acudiria á su llamamiento, porque Forestier no era ya su coronel. Grenier y Howyne solo eran tenientes coroneles de la 5.^a y la 6.^a legion; les seguirian éstas? Tampoco sabemos si el comisario Yon obedeceria á la izquierda; era agente de la Asamblea, por lo tanto de la mayoría y no de la minoría. Faltaba resolver todas estas cuestiones, que aunque se solventaran en buen sentido para nosotros, nos quedaria en pié otra gran cuestion, la del éxito. Para prender al presidente se necesita alguna orden de la Asamblea, y nosotros reemplazaríamos esta orden por un acto de la izquierda, como si dijéramos escalamiento del poder y fractura de la ley. Supongamos ahora que encontremos resistencia; en este caso necesitamos derramar sangre, que á eso es lo que conduce la violencia de la ley. El acto, pues, se convertiria en crimen.

—No, porque seria el *salus populi suprema lex*.

—No: yo no mataría un niño por salvar á un pueblo.

—Catón lo haría.

—Pero Jesús no.

—Os apoya toda la antigüedad; la verdad griega y la verdad romana están de vuestra parte, pero la verdad humana está de la mía, y el horizonte nuevo es más dilatado que el antiguo.

Mediaron algunos instantes de silencio, que mi interlocutor rompió, diciendo:

—Entonces él atacará.

—Que ataque.

—Tendréis que luchar en una batalla perdida de antemano.

—Eso es lo que temo.

—Combate tan desigual solo puede terminar para vos con la muerte ó con el destierro.

—Eso es lo que creo.

—La muerte es un momento, pero el destierro dura mucho.

—A todo se acostumbra el hombre.

—Pero no solo sereis proscripto, sino calumniado.

—Estoy acostumbrado á la calumnia.

—¿Sabéis qué murmuran de vos, Victor Hugo?

—Qué?

—Dicen que estais irritado contra Napoleón porque no quiso nombraros ministro.

—Ya sabéis que no es así.

—Sé todo lo contrario; sé que os lo propuso y que lo rehusásteis.

—Pues entonces...

—Mentirán.

—Qué me importa!

—Vos, que hicisteis entrar en Francia á los Bonapartes, sereis desterrado por uno de ellos.

—¿Quién sabe si entonces no cometí una falta? La injusticia que quieran cometer conmigo quizá sea una justicia.

Medió otra pausa en el diálogo. Despues me preguntó:

—Podréis soportar el destierro?

—Haré todo lo posible.

—Podréis vivir lejos de París?

—Viviré en las orillas del Océano.

—Eso es triste.

—Pero grandioso.

—No sabéis aun lo que es el destierro. Yo sé por experiencia que es horrible y no me encuentro dispuesto á volver á él. De la muerte no se puede volver y al destierro no se quiere volver.

—Si fuera necesario iría y volvería otra vez.

—Prefiero morir: dejar la vida no es nada, pero dejar la patria...

—Ah! exclamé, es dejarlo todo.

—¿Por qué aceptar, pues, el destierro pudiendo evitarle? ¿Qué está para vos sobre la patria?

—La conciencia.

Esta respuesta le dejó pensativo, pero continuó:

—Si reflexionais en lo que os estoy diciendo, vereis como vuestra conciencia lo aprueba.

—No, y ya os he dicho por qué. Para mí no hay nada superior á la conciencia. La siento en lo alto de mi pensamiento, como el promontorio pudiera sentir el faro que está sobre él. La vida es un abismo y la conciencia es la claridad que lo ilumina á mi alrededor.

—También la conciencia á mí me hace hablar de este modo y me aprueba el plan que acabo de proponeros. Tiene la apariencia de hacer traición á Luis, pero yo creo que obrando de este modo le sirvo. Evitarle un crimen es salvarle. Han sido inútiles todos los medios que probé para conseguirlo; solo me queda el último recurso: prenderle. Al obrar como obro, conspiro al mismo tiempo contra él y en su favor, en beneficio de su honor y en perjuicio de su poder. Estoy tranquilo.

—Debeis estarlo; vuestro pensamiento es levantado y noble, pero nuestros deberes son diferentes. Solo podría impedir que Luis Bonaparte cometiese un crimen cometiendo yo otro, y no quiero que llegue el 18 Brumario para él ni el 18 Fructidor para mí. A proscribir prefiero ser proscripto, y pudiendo elegir entre dos crímenes, el mio ó el de Luis Bonaparte, elijo el suyo.

—Tendréis que arrostrar las consecuencias.

—Prefiero sufrirlas á cometer el crimen.

Se quedó un momento pensativo y despues repuso:

—Como queráis; quizás los dos tenemos razon.

—Así lo creo, le contesté.

Me estrechó la mano, tomó el manuscrito de su madre y se fué.

Eran las tres de la mañana y nuestra entrevista duró más de dos horas; pero no me acosté hasta despues que la escribí.

XI.

Terminado el combate, empieza la prueba.

La tarde del 7 me decidí á volver otra vez al número 19 de la calle de Richelieu. Al entrar por la puerta principal sentí que me tiraban del brazo. Era la señora D. que me estaba esperando.

—No entreis, me dijo.

—Han descubierto mi albergue?

—Sí.

—Están apostados para prenderme?

—No, pero venid.

Atravesamos el patio, salimos por la puerta trasera á la calle Fontaine-Molière y nos dirigimos á la plaza del Palais-Royal. Los coches de alquiler estaban allí estacionados como de costumbre, y subimos en el primero que nos vino á mano.

—A dónde vamos? preguntó el cochero.

La señora D. me miró y yo respondí:

—No lo sé.

—Yo sí, contestó ella.

Las mujeres saben siempre dónde está la Providencia. Una hora despues me ví en completa seguridad.

Desde el dia 4 cada dia que pasaba se afirmó más el golpe de Estado; al ver nuestra completa derrota todos nos abandonaron. París fué como un bosque en el que Luis Bonaparte dió una batida á los representantes; la fiera ojeó á los cazadores, y al oír el vago ladrido de Maupas detrás de nosotros, tuvimos que dispersarnos. Nos persiguieron tenazmente. Despues de aceptar y de sufrir la catástrofe, entramos en la segunda fase del deber. Los vencidos se convirtieron en proscriptos. El drama tuvo para cada uno un desenlace personal. El mio debia ser el destierro, habiendo chasqueado á la muerte.

A pesar del encarnizamiento de la persecucion, no quise abandonar á París mientras creyese ver en él un rayo falaz de esperanza, mientras creia posible el despertar del pueblo. Malarmet hizo llegar hasta mi escondite la noticia de que el dia 9 se habia de verificar un movimiento en Belleville. Esperé hasta el dia 12, pero no se realizó la sublevacion que me indicaba. El pueblo estaba muerto. Por fortuna esta muerte, como la de los dioses, es momentánea.

Tuve la última entrevista con Julio Favre y con Michel de Bourges, por la noche, en casa de la señora Didier, en donde también Bastide se reunió con nosotros. Este me dijo:

—Vais á abandonar á París, pero yo me quedo aquí. Seré vuestro teniente y obedeceré las órdenes que me deis desde el destierro; servíos de mí como si yo fuera un brazo que tuviérais en Francia.

—Me serviré de vos, pero no como brazo, sino como corazón, le contesté.

El dia 14, pasando por innumerables peripecias, conseguí llegar á Bruselas.

Los vencidos son ceniza; sopla el destino y los dispersa. Los que combatian por el derecho y por la ley se desvanecieron de un modo siniestro; tuvieron desaparicion trágica.

XII.

Los expatriados.

El crimen triunfante arrastró muchos prosélitos. Persistir era posible, pero resistir no, porque la situacion era cada momento más desesperada. Parecia que una especie de muralla enorme crecia en el horizonte y que iba á cerrarse, sin dejar otra salida que el destierro.

Las grandes almas, glorias del pueblo, emigraron. Se dió el espectáculo sombrío de ver la Francia arrojada de Francia.

Pero lo que parece que el presente pierda, el porvenir lo gana; la mano que dispersa es también la mano que siembra.

Los representantes de la izquierda, cercados, perseguidos y ojeados, vagaron muchos dias de asilo en asilo. Los que escaparon salieron de París y de Francia luchando con muchos obstáculos. Madier de Montjau, que tenia las cejas negras y espesas, se las recortó, se cortó el pelo y se dejó crecer la barba. Ivan, Pelletier Gindrier y Doufre se afeitaron los bigotes y la barba. Versigny llegó á Bruselas el dia 14 con un pasaporte extendido á nombre de Morin. Schœlcher se disfrazó de sacerdote. Este traje le sentaba muy bien, y era adecuado á su fisonomía austera y á su voz grave. Un excelente presbítero le ayudó á disfrazarse, le prestó una sotana y un manto, le hizo afeitar las patillas, le entregó su propio pasaporte y no se separó de él hasta dejarle en el ferro-carril.

La noche del 26 de Diciembre habia yo vuelto al cuarto que ocupaba en el segundo piso del hotel de la Puerta-Verde: era media noche, acababa de acostarme y estaba ya entre sueños, cuando llamaron á la puerta de mi cuarto. Me desperté, y como siempre dejo la llave puesta en la cerradura, dije que pasaran adelante. La

criada, que entró con una bujía encendida, introdujo en mi cuarto á dos desconocidos: al abogado de Gante y á Deflotte. Este me estrechó las manos cariñosamente. Deflotte, con su frente prominente y pensativa, sus miradas profundas, sus cabellos cortados al rape y su larga barba retorcida, parecía en la Asamblea un personaje de Sebastian del Piombo. Errante y fuera del cuadro de Lázaro, aparecía ante mí como un joven bajo, delgado, pálido y con anteojos; pero lo que no pudo cambiar, lo que encontré en él en seguida fué el gran corazón, el espíritu enérgico, la indómita bravura, y si no le reconocí por el rostro, le reconocí cuando me estrechó la mano.

A Edgard Quinet le sacó de París el día 16 una mujer válaca y noble, la princesa Cantacuzene, que se encargó de hacerle pasar la frontera y le cumplió la palabra. Dió á Quinet un pasaporte extranjero extendido á nombre de Grubsko, obligándole á que pasara por vólaco que no sabia hablar francés, él que tan notablemente lo escribe. Tuvo un viaje peligroso, en el que pidieron los pasaportes en toda la línea desde la primera estación. En Amiens la policía empezó á sospechar, pero en Lille corrió gran peligro. Los gendarmes recorrieron los wagones uno por uno, entrando en ellos con linterna en mano y comparando las señas de los viajeros, y arrestaron y encarcelaron en seguida á los que les parecían sospechosos. Edgard Quinet, sentado al lado de la princesa Cantacuzene, esperaba que entrasen los gendarmes en el wagon, como así lo hicieron al poco tiempo. La referida princesa presentó rápidamente su pasaporte, que el cabo rechazó, diciéndola:—Guardadlo; nada tenemos que ver con los pasaportes de las señoras. Pidió el suyo á Quinet con rudeza: éste lo entregó y el gendarme le dijo:—Bajad del wagon para comparar vuestras señas. Obedeció, pero el pasaporte vólaco no contenía seña alguna. El cabo frunció el entrecejo y dijo á los gendarmes:—Este pasaporte es irregular; id á buscar al comisario.

Todo parecía perdido, pero con gran serenidad la princesa Cantacuzene empezó á hablar en vólaco tranquilamente á Edgard Quinet, con tal aplomo y tan increíble volubilidad, que el cabo de los gendarmes, convencido de que estaba hablando con dos extranjeros, y viendo que el tren iba á partir, devolvió á Quinet el pasaporte, diciéndole:

—Bah! Marchaos!

Algunas horas despues Edgard Quinet estaba ya en Bélgica.

Arnaud d' Ariege tambien tuvo que vencer obstáculos para ocultarse. Como Arnaud era católico, su señora, para conseguir este objeto, se dirigió á los sacerdotes; el abate Deguerry se escusó, pero el abate Maret le tuvo escondido en su casa durante quince dias. Desde su escondite escribió una carta al arzobispo de París para suplicarle que no aceptase un decreto de Luis Bonaparte en el que quitaba el Panteon á la Francia y lo entregaba á Roma. Esta carta indignó al arzobispo. Poco despues Arnaud llegó á Bruselas.

El drama de cada uno se componia de diversos incidentes y aventuras: el drama de Cournet fué extraño y terrible.

Cournet, que, como recordará el lector, habia sido oficial de marina, era uno de esos hombres de decision rápida que arrastran á los demás y que en dias supremos impulsan á las masas. Poseia el continente altivo, las espaldas anchas, los brazos robustos, los puños poderosos y de alta estatura, que inspiran confianza á la multitud, y al mismo tiempo la mirada inteligente, que inspira confianza á los pensadores; al verle pasar se reconocia en él la fuerza; al oírle hablar se presentia que su voluntad era en él superior á su fuerza. Desde muy joven habia servido en los navios de guerra, y sabia combinar el entusiasmo del pueblo con la calma del marino.

Como ya dijimos, tomó parte muy activa en el combate, fué intrépido é infatigable. Desde la tarde del miércoles varios agentes le buscaban por todas partes para prenderle en seguida, y conducirlo á la Prefectura, en donde debian fusilarle. A pesar de esto Cournet, con su habitual atrevimiento, iba y venia tranquilamente para proveer á las necesidades de la resistencia legal, hasta por los barrios que estaban militarmente ocupados, sin tomar otra precaucion que la de afeitarse el bigote.

El jueves por la tarde se encontraba en el boulevard, á poca distancia de un regimiento formado en batalla, hablando tranquilamente con Huy y Sorrain, compañeros suyos de combate. De pronto se vieron envueltos por una seccion de guardias municipales, y uno de ellos le tocó el brazo y le dijo:

—Sois Cournet y os prendo.

—No, me llamo Lepine, le contestó Cournet.

—Sois Cournet, y si no me conoceis, yo sí que os conozco, porque he sido colega vuestro en el comité electoral socialista.

Cournet se fijó en él entonces y le recordó. Era verdad lo que le estaba diciendo. El polizonte, riendo, añadió:

—Como vos, yo he votado á Eugenio Sué.

No podia ya seguir negando, y el momento no era á propósito para resistirse, porque tenia cerca veinte guardias municipales y un regimiento de dragones.

—Os sigo, dijo Cournet.

El polizonte hizo acercar un coche.

—Ya que ha dado esta casualidad, aprovecharé el tiempo, repuso el agente; seguidme los tres.

Los hizo entrar en el coche, entró despues y le dijo al cochero:

—A la Prefectura.

Los municipales rodearon el carruaje, pero ya por confianza, ya por prisa de hacerse pagar la captura, el que arrestó á Cournet gritó al cochero:—¡A escape! El coche partió al galope.

Cournet sabia que le fusilarian al llegar al patio de la Prefectura y estaba resuelto á no llegar allí. En la esquina de la calle de San Antonio miró hácia atrás y vió que los municipales seguian al carruaje desde muy lejos.

Ninguno de los cuatro hombres que el coche conducia habia pronunciado una sola palabra.

Cournet dirigió á sus compañeros, sentados enfrente de él, una mirada que queria decir: Somos tres; aprovechémos de esta coyuntura para escaparnos. Sus compañeros le contestaron con un movimiento imperceptible de ojos que les señalaba la calle llena de transeuntes.

Momentos despues el coche salió de la calle de San Antonio y entró en la de Fourey, que está habitualmente desierta y por la que no pasaba nadie en aquellos momentos.

Cournet se volvió bruscamente hácia el polizonte y le preguntó:

—¿Llevais alguna orden de prision contra mí?

—No, pero me basta tener la credencial.

Dijo esto sacando del bolsillo la credencial de agente de policía, que enseñó á Cournet.

—Lo que haceis conmigo no es un procedimiento regular.

—Qué me importa!

—No teneis derecho á prenderme.

—Aunque no lo tenga os prendo.

—Cuánto dinero necesitais? Llevo encima una suma regular que os entregaré si me dejais escapar.

—Aunque me diérais un pedazo de oro tan grande como vuestra cabeza no lo aceptaria. Sois mi mejor captura, ciudadano Cournet.

—A dónde me llevais?

—A la Prefectura.

—Me fusilarán?

—Es posible.

—Y á mis dos compañeros?

—Me parece que tambien.

—Pues no quiero ir.

—Ireis, sin embargo.

—Te digo que no iré, gritó Cournet.

Y haciendo un movimiento rápido, cogió al polizonte por la garganta.

El agente no pudo lanzar ni un solo grito: forcejeaba desesperadamente, queriendo en vano desasirse de la mano de bronce que le apretaba. La lengua le salia de la boca, sus ojos adquirieron aspecto horrible y se desencajaron; de repente inclinó la cabeza, y sanguinolenta espuma salió desde su garganta á sus labios; habia muerto.

Huy y Sorrain, inmóviles y aterrados, contemplaban aquel espectáculo fúnebre, pero sin pronunciar una palabra ni hacer un movimiento. El coche seguia corriendo á galope.

—Abrid la portezuela, exclamó Cournet.

Pero sus compañeros no se movieron, como si se hubiesen quedado petrificados.

Cournet, que tenia los dedos hundidos en la carne viva del cuello del polizonte, intentó abrir la portezuela con la mano izquierda, pero no lo consiguió; y conociendo que necesitaba la mano derecha, se vió obligado á soltar al agente, que cayó hácia adelante, doblándose sobre las rodillas.

Cournet abrió la portezuela y dijo á sus amigos:

—Marchaos.

Huy y Sorrain saltaron del coche y huyeron con velocidad.

Nada habia notado el cochero.

Cournet aguardó á que sus amigos se alejaran, despues tiró del cordon para hacer parar al coche, se apeó sin apresurarse, cerró la portezuela, sacó con calma dos francos del portamonedas, se los dió al cochero, que no se habia movido de su sitio, y le dijo:

—Continuad vuestro camino.